

Astorganos, amigos todos:

Tiene cada ciudad en su calendario del año un momento único, intenso, en que los trescientos sesenta y cinco días parecen concentrar su jugo, una escena mágica que se espera con ilusión y que en horas pálidas de la vida es recordada con nostalgia. Astorga vive esa ocasión en el sábado de agosto en que comienzan las fiestas, exactamente a la hora del mediodía, cuando suenan las campanadas de los maragatos de la torre y la música toca el himno de la ciudad y brincan campanas y cohetes voladores.

Yo me alegro de estar aquí, pero no como protagonista y ni siquiera como testigo, porque el cuerpo me pide, y no digamos el alma, ser partícipe y que escuchéis mis palabras como si las dijera uno de los vuestros. Serán breves, como manda la circunstancia, y porque ya todo en esta plaza está preparado y alerta para repartir el regocijo en un recorrido vibrante.

Los gigantes y cabezudos, que en esta hora parecen tener más humanidad que cartón, las bandas y los danzantes y el tamboril van a recorrer calles y plazas, jardines y rinconadas. Y donde no llegue la alegre fanfarria, sí llegaran los ecos y el aliento de su mensaje. Plaza de Santocildes, la Brecha, Bajada del Postigo, Húsar Tiburcio, el Bastión, el Jardín de la Sinagoga, el Aljibe, la Plaza Romana, ¡qué nomenclátor para cualquier espíritu atento a las glorias históricas de un pueblo! Y las titulaciones más próximas en el tiempo, tan cerca del corazón de quien os habla: Calle de Luis Alonso Luengo, plaza de Esteban Carro Celada, y de Porfirio López y del patriarcado de los Magín Revillo, placas y monumentos a Panero o a Ricardo Gullón, ¡calle de Villafranca!...

Toda la ciudad será conmovida por la llamada. El sano alboroto y el estruendo de las fiestas de agosto se van a imponer temporalmente a la fiesta que es Astorga los días de diario, hecha de intimidad y calma, que quizá algunos espíritus soñadores quisiéramos no ver turbada ni siquiera por una semana. Pero eso sería un egoísmo estético, contrario a las exigencias de la humana naturaleza. La ciudad está henchida como una gran madre porque con los hijos de cada día recobra a los trabajadores de la diáspora, los que comercian o investigan o enseñan lejos. Y recibes a los vecinos del circundo, pobladores de tierras que se llaman Maragatería, Cepeda, La Vega o El Órbigo. A los diocesanos de la vasta mitra que tuvo pastores desde Efrén hasta Antonio Briva. Y a los forasteros de cualquier tierra que sean, que de muchos siglos le viene a la urbe la vocación de hospitalidad en la encrucijada de los caminos.

Para todos habrá solemnidad litúrgica. Y juegos y deportes, teatros y conciertos, toros, la pólvora sin plomo de los pirotécnicos. Y no faltará tribuna para los poetas y

espacio para los pintores, más los juegos del Gran Circo de Astúrica Augusta que esa sí es buena, cuando Astorga parece una película de romanos de Cecil B. de Mille, pero mucho más creíble y vivida. Y las largas verbenas, aunque no tan largas como la apoteosis de la Noche Larga...

Si yo fuera cronista oficial de la ciudad -!pero en buenas manos está el panderero! -, tendría mi pluma bien despierta para inscribir estos días venturosos "en los anales diáfanos del viento", prodigioso verso de Góngora que enamoraba a son Álvaro Cunqueiro, cronista él mismo de una ciudad también entrañada, de las que tienen obispo y no tienen gobernador civil.

Si fuera obispo de Astorga, daría yo un decreto de mucha indulgencia para los veniales pecados del amor en la semana grande

Si llevara en la bocamanga las estrellas no sé de cuántas puntas del coronel de Lanzacohetes, ordenaría pernoctes y licencias, aunque de esto es poco lo que sé, que en la Caja de Recluta de Astorga no me vieron aptitudes para la instrucción.

Y si fuera alcalde de la- ciudad... Ah, si yo fuera Alcalde de la Muy Noble, Leal, Benemérita, Augusta y Magnífica Ciudad de Astorga -todo con mayúsculas-, ahí me veríais con la vara del orden pero también de la tolerancia, valedor de este programa de fiestas donde todo es de postín. Iba a decir que todo, menos el pregonero. Pero los astorganos sois muy listos y sabéis que esa sería una modestia hipócrita.

Porque es verdad que hubierais encontrado figura de mayor relieve y elocuencia mejor pulida, pero no quien os quiera más, no quien os quiera más, ni quien desde este balcón cargado de símbolos ponga más alma en el grito de !Viva Astorga!,

¡Viva Santa Marta de 1994!